

art buchwald

EL PODER ESTUDIANTIL

WASHINGTON.—No había reparado en el "poder estudiantil" en este país hasta que fui a comer a casa de un amigo la otra noche. Entre los invitados se hallaban un conocido locutor de televisión, el presidente de una comisión parlamentaria, un comentarista de prensa y el director de una revista nacional. Con ellos estaba un jovencito de diecinueve años, hijo de uno de los invitados, que acaba de terminar su primer año de estudios en Amherst. Lo llamaremos Esteban. Aunque iba contra el protocolo, el anfitrión insistió en que Esteban se sentara a su derecha. Mientras cortaba éste su carne, todos le mirábamos nerviosamente, esperando que cayeran algunas perlas de su boca. Como no decía nada, el congresista le habló:

—Dígame, Esteban, ¿qué opinan sus amigos acerca del impuesto de ingresos negativo?

Esteban alzó la vista con sorpresa y contestó:

—No les he oído discutirlo, pero supongo que están a favor.

—¡Bien contestado! —dijo el congresista.

Luego habló el comentarista:

—Permítame preguntarle, Esteban, si su generación cree que las fuerzas revolucionarias activas en el mundo pueden encontrar una solución viable para los problemas de la peste, el hambre y el ocio.

—No creo que pueda generalizarse acerca de las revoluciones estudiantiles —observó Esteban. Y el comentarista apuntó tal respuesta en una libreta.

—Esteban —dijo el locutor de televisión—: Si aceptamos que la película "El graduado" era una condena de nuestra sociedad burguesa y materialista, admitirá usted que hay algunas cosas buenas en "Lo que el viento se llevó"...

—Creo que en todas las películas hay algo bueno —respondió Esteban—. A muchos de mis amigos les gustó "Lo que el viento se llevó".

Todos los presentes parecieron complacidos. El editor de la revista preguntó:

—Esteban, ¿cómo podemos irnos de Vietnam?

—Yéndonos; la cosa es así de sencilla.

El congresista movió la cabeza con aire de asombro, diciendo:

—Esa podría ser realmente la solución.

Estábamos comiendo la ensalada, cuando Esteban murmuró algo. Todos le miramos, preguntándonos qué decía. Y él lo repitió:

—Por favor, pásenme la sal.

—¡Caray! —exclamó el comentarista—. ¡Qué brillantes son estos muchachos de ahora!

—Nuestra generación nunca le pidió a nadie que le pasara la sal —dijo el locutor.

—No nos atrevíamos —dijo el congresista—. Cuando los muchachos de hoy quieren sal, la piden. Ese es el poder estudiantil.

Y todos nos pusimos a pasarle saleros a Esteban. Luego alguien inició una discusión sobre Francia, y el director de revista dijo:

—Tal vez Esteban no desee hablar sobre las elecciones francesas...

—Realmente, no me interesan —apuntó Esteban.

—Pero, ¿qué opina de ellas, Esteban?

—Supongo que estuvieron bien...

—Díganos algo sobre la marihuana y esas otras cosas...

—Conozco a muchachos que la han fumado...

—¿Qué les dije? —exclamó el comentarista—. ¡También sabe de eso!...

—Preferiría oír la opinión de Esteban sobre las elecciones —dijo el director de revista.

—¿Por qué no esperar hasta que vayamos los hombres a la biblioteca, para el café y los cigarrillos?

—Desde luego que no —dijo una señora—. Las mujeres estamos tan interesadas como ustedes por oír lo que diga Esteban sobre política. Después de todo, no se puede traer a un estudiante a cenar cada noche...

(Copyright 1968, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service Inc.—Agencia Zardoya.)

bados y estampas de la época. Las canciones con ritmo de balada del viejo western, las caracterizaciones de los personajes —el «bueno» va vestido y maquillado como los caballistas de las películas de la época muda—, la utilización de los decorados, responden a esa intención que no tiene nada de

nostálgica, sino que es en todo momento satírica. Y una sorpresa: la presencia en el reparto —encarnando a la heroína rubia— de Olga Schoborová, que no es otra que la actual Olinka Verova, la estrella «in» de ciertas películas «occidentales». ■ J. G. D.

PETER WEISS

«Adiós a los padres»



¿Podría decirse que «Adiós a los padres» (Peter Weiss, Editorial Lumen) supera en perfección literaria, en elementos emotivos y hasta en profundidad ideológica a ese maravilloso libro de Joyce que se llama «Retrato del artista adolescente»? Si, podría afirmarse rotundamente, aunque no exista un directo parentesco —y en consecuencia el parangón pueda parecer caprichoso— entre la crisis religioso-vital de Stephan Dedalus y la del niño Peter Weiss, ensimismado en su patético mundo, paciente de un cruel desarraigo; resultado, protagonista y testigo de las hondas conmociones que cruzaron la Europa del tiempo de su niñez. Este rebelde prematuro, para el cual «la seguridad, el calor y la felicidad» despertaban en él «un fuerte dolor», iba descubriendo un mundo hostil, «pero no sabía dónde se ocultaba la hostilidad». Rabiaba contra sí mismo, pues «sólo podía encontrar asidero en mí, el pasado sólo estaba en mí y yo era el administrador del pasado». Un pasado terrible, corto pero dramático, desventuroso entre Berlín, Londres, Praga, Cristiania, Estocolmo, rodado por una Europa en terremoto y un tiempo de desconcierto y desesperanza. No es el de Weiss el relato de unos hechos

biográficos escuetos —y aunque solamente fuera esto, su valor testimonial sería incalculable, por las repercusiones históricas que recibe—, sino mucho más: un análisis introspectivo de los desgarramientos familiares vividos, de su primer e incestuoso sentimiento amoroso, de su choque con el mundo paternal, de la tremenda ruptura con el gratuito universo de la infancia... Es decir: de la germinación y la forja del rebelde que con los años sería. A través de esta encendida narración, de esta hermosa novela real construida con una terminología ardiente y a la vez serena e implacable, se nos va descubriendo un Peter Weiss íntimo, zarandeado por las azarosas condiciones exteriores y, al mismo tiempo, náfrago en las agitadas aguas de sus tormentas interiores. Aquí, en esta dialéctica desarrollada a través de su subjetividad arrojada en medio de la hostilidad de un mundo en crisis, están las claves del Peter Weiss escritor del Marat-Sade, del proceso de Auschwitz, del «discurso» sobre la liberación del Vietnam. Aquí, en este relato paradójicamente fogoso y contenido, están los secretos últimos, tal vez, del hombre comprometido que es hoy —comprometido y a la vez ferozmente independiente—, del «guerrillista» Peter Weiss y —¿por qué no?— del «marxista» Weiss de 1968, francotirador frente a la sociedad de consumo en cualquiera de sus varias expresiones.

No hay adjetivos para este «Adiós a los padres»; los encomiásticos están devaluados por su inflación. Digamos, pues, con sencillez, que se trata de un gran libro, llegado a nosotros modestamente, sin publicidad, en silencio. ■ E. G. R.

HA MUERTO UN COMPAÑERO

A partir de 1962, y durante cerca de cuatro años, José Luis Martínez Redondo compartió con nosotros la difícil tarea de inaugurar y dar el primer impulso a la nueva etapa de TRIUNFO como revista de información general. Como conductor de la Redacción, supo probar sus excelentes condiciones profesionales de periodista ponderado y sereno, cuidadoso de la forma, excelente organizador y promotor de ideas. Brillante como escritor, se distinguió también por la destacada calidad de sus reportajes y por su labor específicamente periodística en general. Martínez Redondo marcó con su personal impronta la primera parte de esta nueva etapa. Actualmente desempeñaba, con rigor e independencia ejemplares, la crítica cinematográfica del diario «A B C». Una cruel enfermedad, contraída durante su estancia en Can-



nes, donde se hallaba realizando la información del festival para su periódico, ha cortado, a los treinta y nueve años, una vida fecunda y plena de promesas. Cuantos aquí trabajamos hemos sentido profundamente su pérdida. Llegue hasta su viuda, Blanquita Álvarez, presentadora pionera de TVE, la expresión de nuestro dolor.

COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Michel Bosquet, Art Buchwald, Chumy-Chúmez, J. García de Dueñas, Eduardo G. Rico, Eduardo Hero Tecpán, Antonio Javaloyes, R. López Golcochea, A. López Muñoz, Víctor Márquez Reviriego, José Monleón, César Santos Fontenla. FOTOS: Europa Press, Cifra y Archivo.